

# MONSEÑOR ARTURO CELESTINO ALVAREZ

**E**L DIA 27 DE NOVIEMBRE, en la vieja metrópoli llanera de Calabozo, celebra sus cincuenta años de sacerdocio el venerado Obispo de las Pampas venezolanas: **Monseñor Arturo Celestino Alvarez.**

Dorado arrebol otoñal sobre la inmensa sabana que surcan en cruz las corrientes entumecidas del Guárico y el Apure.

Y aunque el humilde Prelado — invocando la tribulación mundial de la guerra y la catástrofe nacional de las inundaciones — ha querido rehuir todo homenaje, la apoteosis del varón modesto y sincero, del padre de los pobres, es un hecho ineludible.

## **Huía del honor... y el honor lo perseguía...**

Hay mucho de la modestia huidiza del papa San Celestino, en este idolatrado Obispo —Arturo Celestino— de los llanos venezolanos. Huía del honor..., pero el honor lo perseguía. A los cincuenta años de sacerdocio, Monseñor Alvarez —en su actitud rebelde al homenaje— repite un gesto, que sintetiza su vida entera.

Nació en la procera ciudad llanera de Zaraza. Cursó con brillantez estudios eclesiásticos en el Seminario de San José (Calabozo) bajo la dirección de sus predecesores en el Episcopado, Monseñores Crespo y Sendrea. Se ordenó de sacerdote el 27 de Noviembre de 1893. Pocas semanas más tarde se graduaba de Doctor en Ciencias Eclesiásticas en la Universidad Central de Caracas.

En su ciudad natal de Zaraza sirvió de párroco por espacio de diez y siete años. Fue en aquellos días de su primera siembra apostólica, cuando un nutrido grupo de ilustres zarazeños, que han honrado más tarde las columnas de la prensa patrioquiense, el foro, el hemicycleo del Congreso y los sillones ministeriales —los Sotillo, los Itriago, los Gimón, los Egafía...— recibieron de sus labios la primera instrucción religiosa, y de sus manos urgidas, la sagrada comunión. Fruto de su esfuerzo, abnegado y constante, fué la construcción del actual magnífico templo parroquial.

Era en los primeros días de 1910. El párroco de Zaraza vivía en su soledad, olvidado del mundanal ruido, abierto sólo a la visión luminosa del Llano y a la solicitud ardiente de la caridad cristiana, cuando recibió de Monseñor Aversa una citación en la Nunciatura de Caracas. Cuando el delegado pontificio le insinuó su designación para Obispo del Zulia, el Padre Alvarez protestó angustiado, renunciando categóricamente. Pero las palabras se le helaron en los labios al escuchar la conminación contundente del Representante de Su Santidad. El humilde párroco de Zaraza hubo de aceptar la pesada carga de la mitra.

## **Volentes vult Ecclesia**

“De este cura de Zaraza saldrá un Obispo de seda”, dijo el Padre Carlos Borges.

En el esplendor de la metrópoli industrial del Zulia, el párroco llanero no perdió un ápice de su modestia connatural. Su pensión, los donativos que recibía, su pan era de los pobres y menesterosos. La catástrofe de la epidemia gripal de 1919 puso de relieve su caridad heroica y lo constituyó automáticamente en padre de la ciudad doliente y abrumada.

Cuando en 1921 la obediencia lo designó para sucesor de su amadísimo Monseñor Sendrea en la diócesis de Calabozo, el Zulia lloró de tristeza, el Llano sonrió de alborozo.

Las sendas calcinadas del Guárico y Apure, los caños y los ríos, las viejas ciudades arruinadas lo han visto pasar como un ángel de paz y un genio de la caridad y la bene-

ficencia. Desde el Llano a la Capital de la República un coro unánime de voces agradecidas acompañan a Monseñor Alvarez. Academias y centros culturales lo nombran miembro honorario, el Ejecutivo del Guárico decreta honores excepcionales, acompañados de una oportunísima dádiva pecuniaria; la suprema Asamblea de la Nación se pronuncia en honoríficos panegíricos. Los propios enemigos de la Iglesia quedaron desarmados ante su dulzura mágica y conquistadora.

Huyó de la gloria. La gloria lo ha perseguido tenazmente durante toda su vida.

### Un símbolo.

Hace un año —noviembre de 1942— asistíamos alborozados en Maracaibo a la coronación solemnísimas de la Virgen de Chiquinquirá; coronación canónica, obtenida de Roma, cinco lustros hacía, por Monseñor Alvarez. Pero hacía 21 años que Monseñor Alvarez hasta desapareció de Maracaibo. Ruegos instantísimos de Monseñor Godoy y su devoción mariana lo llevaron, sin embargo, ahora a la Ciudad del Lago.

Su paso por las calles de Maracaibo fué una apoteosis; los hijos fogosos de la tierra del sol amada prorrumpían en exclamaciones al reconocerlo. El anciano parecía estrujarse en su manteo para desaparecer.

Cuando el primer día del Congreso mariano subió al estrado para pronunciar un discurso, la campa de la Ciega se estremeció con una de las ovaciones más estruendosas que apagaron el rumor de las olas del vecino Lago.

Pero el hecho símbolo, que aludimos, fué el que tuvimos la fortuna de presenciar en el tercer día del Congreso. Monseñor Alvarez había sido declarado hijo adoptivo del Zulia por la Asamblea Legislativa, Municipalidad y pueblo del Estado. El Presidente de la República le había conferido la condecoración de la Orden del Libertador. En la sesión vespertina del Congreso... lo encontró en la concentración de La Ciega el General Isaías Medina. El Presidente lo abrazó efusivamente y, al terminar el acto, tomándolo del brazo lo condujo, en medio de una ovación estruendosa, por toda la asamblea y las calles próximas de la ciudad. El humilde prelado protestaba mansamente, pero la poderosa mano del General lo conducía adelante. Parecía recordar las palabras bíblicas del episodio de Mardoqueo: **Así será honrado, a quien el príncipe querrá honrar.** Aquel humilde prelado, que parecía suplicar a las losas del pavimento, que lo ocultaran, era un símbolo. En realidad, un héroe nacional: el hombre bueno, caritativo y manso, a quien Dios exaltaba, porque siempre se quiso humillar; a quien el General Presidente se empeñó en exhibir en público, porque siempre se quiso esconder.

¡Cuánta verdad es, aun en el orden humano, que el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado!

### El estilo es el hombre.

Un grupo de caballeros cultísimos del Zulia y del Llano; los Doctores: Manuel R. Egaña, Alfonso Espinosa, Manuel Gimón, Héctor Cuenca, Odoardo Morales, Saverio Barbarito, Héctor Landceta Payares, Pedro Sotillo, han tenido la feliz iniciativa de obsequiar a Monseñor Alvarez, en sus bodas de oro sacerdotales, la edición de sus obras.

Van divididas en dos volúmenes. El primero, de temas gramaticales y didácticos, lo edita el R. P. José Tornero O. P. El segundo, titulado: **Cartas Pastorales y otros escritos**, está a nuestro cargo. Esta circunstancia nos ha puesto en contacto inmediato con las mejores producciones literarias de Monseñor Alvarez.

El estilo es el hombre. El prelado calaboceno es Académico correspondiente de la Lengua. Estas ediciones justificarán plenamente su designación para este honroso título académico. El alma buena, sincera y diáfana de Monseñor se refleja como en un espejo en estas producciones literarias, flor espontánea, sin afeites ni artificios retóricos.

Monseñor Alvarez ama los artículos breves y concisos, los discursos afectuosos y concentrados. Hay a veces la síntesis de un tratado en pocas líneas clarísimas y primorosas. Rara vez —como en las cartas contra el vicio del alcoholismo y la propaganda protestante— se encrespa levemente su estilo. Con frecuencia alcanza su prosa la galanura de una sencilla pero exquisita poesía, sobre todo cuando habla de la Virgen María, de los niños, de la madre....

Los redactores de SIC sentimos una íntima satisfacción en haber podido colaborar, siquiera sea con la edición material de esta preciosa joya literaria, al esplendor de su glorioso cincuentenario sacerdotal.

M. Aguirre Elorriaga S. J.